

CAPÍTULO IV.

VIDA ESPIRITUAL, CULTO Y DISCIPLINA PENITENCIARIA.

§ CCLXXXVII.

Vida espiritual.

Los escándalos de los Jefes supremos de la Iglesia habían producido una reacción desastrosa, así en la vida espiritual de los fieles como en la del mismo Clero; y, durante el gran cisma, los espíritus muy á menudo se dividieron por las mas deplorables disensiones. ¿Cuál era el Papa verdadero? ¿De qué manera podia conocersele? ¿Á quién se tenia que obedecer? Cuestion era esta de difícil y á veces imposible resolucion en tiempos tan aciagos. Así al Clero secular como al regular no le era dado, como en otros tiempos, sostener y reanimar la vida espiritual; por esto fue que poco á poco desapareció la piedad ardiente y poética que vivificara al pueblo; y, en vez de trovadores, á menudo se habia dado con jacareros licenciosos; en despique la supersticion adquirió proporciones colosales, sobre todo en las clases inferiores, entre las que pululaban hechiceros de todas especies¹: toda la Alemania estaba infestada de ellos, por cuyo motivo Inocencio VIII expidió decretos rigurosos contra tales aberraciones en 1484, lo que no impidió que millares de hechiceros fuesen condenados á la hoguera; otro tanto puede decirse de los judíos, que fueron perseguidos á muerte á pesar de las bulas pontificias. (Véase § 295).

Sin embargo, en medio de esta general decadencia, las Órde-

¹ *Horts*, Demonología ó historia de la hechicería desde Inocencio VIII, 2 part. Francf.-s.-M. 1818. Véase tambien la Biblioteca mágica por el mismo. Maguncia, 1821-26. *Soldan*, Hist. de los procesos de las brujas segun las fuentes. Stuttg. 1843.

nes nuevas ejercieron sobre los pueblos una accion real, extensa y adecuada para conservar parcialmente la unidad y fuerza del sentimiento religioso, que de otra parte encontraba un alimento en los progresos de la misma civilizacion; finalmente, si el Clero olvidaba sus obligaciones, la lectura de la sagrada Escritura en lengua vulgar formaba una compensacion. Muchos místicos en Alemania, tales como Juan Taulero, Ruysbröck, Tomás Kempen, hablaron enérgicamente á los corazones de los fieles con escritos, la mayor parte de los cuales fueron puestos en el idioma nacional; y tambien el español san Vicente Ferrer, la maravilla de su tiempo, despertó tal ardor por la penitencia, que le seguian ejércitos de disciplinantes.

En esta época, el número de Santos venerados por la Iglesia aun era considerable²; así, por ejemplo, la vida del hermano Nicolás de Flue en los Altos Alpes tiene algo de admirable y muy particular; pues luego de haber pagado su tributo de fidelidad á su patria como padre, guerrero y juez, de repente se apoderó de él un ardor inextinguible por la patria celeste²; y con el fin de estar mas con Dios, se retiró á una soledad, en donde comió sola una vez al dia durante veinte años; á menudo repetia esta sencilla súplica: «Señor, quítame de mí mismo, dame todo entero á tí; Señor, mi dueño, concédeme todo lo que conduce á «tí, quitame cuanto desvia de tí.» (Era el antiguo *Deserere creaturas, quaerere Creatorem*). El piadoso ermitaño fue así para los

¹ En el siglo XIV Andrés Corsino; Florente, obispo de Fiesola; Juan Nepomuceno, canónigo de Praga; Peregrino Forbi, del Orden de Servitas; Conrado Placentino, ermitaño de la tercera Orden de san Francisco; Roque, francés de Montpellier, célebre peregrino; Catalina, hija de santa Brígida, abadesa; Catalina de Sena; Juliana de Falconeris, florentina; Elisabeth, reina de Portugal; el conde Elzear y su mujer la Delfina. En el siglo XV, Juan Cancio, sacerdote seglar de Cracovia; san Juan de Sahagun, agustino de Salamanca; Diego de Alcalá; Nicolás (de Flue); Casimiro, de la familia real de Polonia; Fernando, que lo era de la de Portugal; Catalina de Bolonia, clarisa; Verónica; Coletta, vírgen en Francia; Lidwina, vírgen en Holanda; Francisca, mastrona romana, santa viuda.

² *J. de Muller*, Hist. de la Suiza, t. VI. *Widmer*, Desarrollo del elemento divino en el elemento terrestre, probado por Nicolás de Flue. Lucerna, 1819. *Businger*, el hermano Klaus y su tiempo. Leipzig, 1827. *G. Garres*, Dios en la historia. Munich, 1831, primera entrega.

pastores de las montañas como para las poblaciones distantes una aparición celestial, porque, sin dejar de condolerse mucho de los males que afligian á la Iglesia, permaneció súbdito á ella en el amor y la humildad; y finalmente, habiendo intervenido en el tratado de Stanz en 1481, fue un ángel de paz para sus compatriotas que andaban divididos.

El ascendiente de santa Catalina de Sena se sintió mas eficazmente aun por las necesidades generales de la Iglesia¹; y, aunque de humilde origen, desde su infancia se elevó al mundo sublime de los espíritus, gracias á los dones maravillosos con que la adornó el cielo. Para Catalina los Dominicos eran sus ángeles guardianes en este mundo; y tanto se abismaba en la contemplación de la vida del Salvador, que frecuentemente la Eucaristía era su único alimento; y penetrándose de su espíritu, abrazaba en el fervor de su caridad al mundo entero, y sus escritos ofrecen una verdadera teología del amor. La Italia en masa se precipitaba hácia la humilde morada de Catalina para consultarla y pedirle su intervencion como medianera en medio de los trastornos de esos tiempos; mas la Santa, dedicándose con exceso á las cosas de este mundo, fue atacada de una catalepsia. Para Catalina era un golpe demasiado fuerte el verse privada de sus ocupaciones con el cielo, y murió en medio de sus aspiraciones fervorosas para con el divino Esposo en 1380. Los Franciscanos hicieron que se retardase su canonización, mas al fin la concedió Pio II en 1461.

Otra prueba de la actividad interior que en esa época se manifestaba en la Iglesia, la tenemos en santa Brígida, hija del rey de Suecia; y tambien en otro sentido muy diferente, la Doncella de Orleans hizo brillar el patriotismo cristiano con los mas vivos colores². Quizá el haberse consagrado esta heroica Doncella exclusivamente á su país, y tal vez tambien su prematura muerte en

¹ Véase su vida en *Bolland. mens. apr. t. III, p. 833 sq.* Sus cartas publicadas por *Gigli. Sena, 1707 sq. 3 t. in 4. Cf. Fabric. Biblioth. med. et infim. Lat. t. I, p. 363 sq.* Teología del amor, traducida. Aix-la-Chap. 1833. *Poesl. Vida de santa Catalina de Sena, segun la biografía de su confesor Raimundo de Capua, general de los Dominicos. Passau, 1844.*

² *G. Garres, la Doncella de Orleans. Ratisb. 1834.*

el cadalso en 1430, privaron á la Iglesia de levantarle altares; mas su memoria es querida y venerada de la patria que tanto ella amó.

Al ver tales personajes en diferentes partes de Europa, estamos autorizados para sostener que sus enérgicas y unánimes instancias á los concilios de Pisa, Constanza y Basilea habían alcanzado, á pesar de la tenaz oposicion de muchos Papas, una reforma pacífica y gradual de los abusos, mejor y mas pronto que se logró con los terribles trastornos y actos de locura que señalaron el principio del periodo siguiente. En el último concilio de Letran, habido en 1517, el dominico Egidio de Viterbo indicó el verdadero medio de alcanzar esta fructuosa reforma, al decir que: «Las cosas sagradas han de mejorar á los hombres, y no estos á aquellas (*homines per sacra immutari fas est, non sacra per homines*).» Mayor atrevimiento tuvo el Cardenal cuando dijo con firmeza á Julio II: «Todo el cuidado de vuestra Santidad debe dirigirse á mejorar las costumbres, á restablecer la vida espiritual, y á buscar los medios de refrenar los vicios, la sensualidad y la propagación del error.» Acaso la Alemania tenia mas derecho que cualquier otro país á contar con mejores tiempos, pues entonces, en sentir de un historiador severo y aun hostil, habia allí un episcopado no menos virtuoso que sábio. Cuando se buscaban verdaderos pastores, se experimentaba un cierto placer en citar á Juan de Dalberg en Worms, á Juan Rhode en Brema, á Lorenzo de Bibra en Wurtzbourg, á Conrado de Thungen y Cristóbal de Stadion en Ausburgo, á Matías Lang en Salzburgo, y en Tréveris al piadoso Greifenklau.

§ CCLXXXVIII.

Órdenes religiosos antiguas.

FUENTES.—*Holstenius, Codex regular. Monasticar. Cf. Helyot, Biedensfeld. Véase § 142.*

Los cánones de los Concilios manifestaban á todas luces cuánto habian degenerado en las antiguas Órdenes religiosas las santas intenciones de los primeros fundadores. Por un lado, los trastor-

nos ocasionados por el cisma, y de otro las riquezas crecientes en los monasterios, apagaban cada vez mas la caridad, la sabiduría, la industria, y el amor á la ciencia que habian florecido en otros tiempos, que fueron reemplazados por la buena vida y por el desórden de costumbres; hasta los conventos de monjas se relajaron todos en el propio sentido. Nicolás de Clemengis, aunque con frecuencia declama, y es exagerado en sus pinturas, manifiesta con sencillez el dolor que le agobiaba por las cosas de esos tiempos en el siguiente cuadro: «Decir que entre los monjes y religiosos no hay solo uno que deplora tales vicios, sería adelantar mucho; pero ¿qué podemos aducir para justificarlos? «Por sus votos deben de ser los hijos mas perfectos de la Iglesia; «no ocuparse de cosa alguna que se roce con el mundo, y entregarse totalmente á la contemplacion; sin embargo, hacen todo lo contrario, pues son los hombres mas avaros y ambiciosos; andan en pos del mundo, en vez de huir de él; y lo que mas aborrecen es la celda, el claustro, la lectura y la oracion, la regla y la religion¹.»

Por este mismo tiempo, y haciendo un contraste muy palpable, las Órdenes mendicantes obraban de una manera del todo opuesta; seguian en su vida de sacrificio y actividad, y se entregaban con ardor á la escolástica, y merecian el aprecio general. La lucha entre Dominicos y Franciscanos fué perdiendo insensiblemente su aspereza, mayormente luego que cada una de las dos Órdenes hubo escogido una mision diferente; los primeros se impusieron el deber especial de mantener la pureza de la fe católica contra los herejes, y los segundos se entregaron casi exclusivamente á consolar y sostener al pueblo. Entre los Franciscanos, solo los *espirituales* ó rigoristas excitaron algunos trastornos, que el papa Juan XXII procuró contener con mano fuerte en 1318; y una porcion de entre ellos, bajo la direccion del general Miguel de Cezena, se adhirieron á Luis de Baviera; mas, seguida la muerte de este Príncipe, se reconciliaron con la Iglesia en el concilio de Constanza², y desde este momento aprobó ella su existencia bajo el nombre de *Fratres regularis observantiae*, título por el cual obtuvieron

¹ Nicol. de Clemang. de Ruina eccl. c. 41. (V. d. Hardt. t. I, p. III, p. 33).

² Sess. XIX, apud V. d. Hardt. Conc. Const. t. IV, p. 515.

despues mas privilegios que los Hermanos conventuales, *Fratres conventuales*.

En la oposicion contra la Santa Sede, las Órdenes medicantes generalmente defendieron á los Papas, sus protectores; y algunas veces los sostuvieron hasta en sus mas exageradas pretensiones: por esto se vieron empeñados en una lucha acalorada con la Sorbona. De otra parte, la tenacidad con que estas Órdenes sostuvieron una escolástica degenerada, y lo exageradas que estuvieron en acusar de herejía los nuevos estudios clásicos, á que se dedicaron algunos con tanto ardor durante la mitad del siglo XV, les hizo perder parte de su consideracion, y les expuso á los tiros de una ironía mordaz.

§ CCLXXXIX.

Reforma de las Órdenes antiguas.

El deseo tan á menudo manifestado de ver realizar la reforma tanto en los jefes de la Iglesia como en sus miembros, debia llamar necesariamente la atencion sobre la decadencia demasiado notoria de los monasterios. Los Padres del concilio de Constanza obligaron á los Benedictinos de Alemania á celebrar un capitulo provincial (véase § 271), y tomaron precauciones para que las deliberaciones fuesen mas largas y serias que en otra ocasion del mismo género (1417¹). Este precedente fue aprobado ó imitado en muchos paises. El concilio de Basilea todavia obró con mas energía; y el cardenal Nicolás de Cusa, en calidad de legado, se ocupó en Alemania con gran eficacia sobre este particular. El despilfarro de los bienes de la comunidad por los individuos ocasionaba muchos desórdenes en los monasterios; por cuyo motivo hubo empeño en poner coto á ello, á pesar del egoismo interesado de un reducido número de contradictores. De otra parte, no faltaron entre los mismos monjes hombres generosos que reclamaron con vigor contra estos desarreglos. Tambien fueron reformados los establecimientos de las Órdenes mendicantes, que se

¹ Cf. *Trithemii Chron. Hirsaugiense* ad ann. 1417, t. II, p. 346 sq. V. d. Hardt. Conc. Const. t. I, p. 1086. Cf. *Mansi*, t. XXVIII, p. 1037.

habian igualmente relajado de su austeridad¹; aunque su afan por la ciencia les habia granjeado un gran aprecio en la opinion pública. El concilio de Constanza se declaró por los conventuales rigurosos², con la mira de inspirar una noble emulacion á las otras ramas de la Orden; mas desgraciadamente la mayor parte no lo comprendió, y contestó á este llamamiento con una fria indiferencia.

§ CCXC.

Órdenes nuevas.

A pesar de cuanto llevamos dicho, nunca se apagó por completo la vida espiritual en la Iglesia; y, á medida que se presentaban nuevas necesidades, engendraban Órdenes jóvenes que las contrarestaban. Así Juan Tolomei de Sena, catedrático de filosofía, habiendo recobrado la vista milagrosamente, fundó por agradecimiento en 1313 la Orden de los Olivetanos (*congregatio Sanctae Mariae montis Oliveti*); se estableció en una soledad cubierta de olivos, cerca de la poblacion de su naturaleza, y Juan XXII aprobó el nuevo Instituto, que sujetó á la regla de san Benito en 1319³. En Sena mismo, Juan Colombino tambien fundó los Jesuatos⁴. Fue tanto lo que le embelesó la *Vida de santa Maria de Egipto*, que renunció á la mas elevada dignidad del Estado, para consagrarse á servir á los pobres y enfermos. Cuando Urbano V pasó de Aviñon á Roma en 1367, autorizó el establecimiento de los Jesuatos, bajo la forma de una congregacion de frailes legos, que fueron colocados entre las Órdenes medicantes, y estuvieron sujetos á la regla de san Agustin. Al principio del siglo XVII se impuso á los Jesuatos la obligacion del sacerdocio; mas poco despues Clemente IX abolió la Orden cuando los ricos *padri dell' aquavite* se dedicaron á la destilacion y á la farmacia en algunos de sus monaste-

¹ Nicol. de Clemangis, de Ruina eccl. c. 33. (*V. d. Hardt*, t. I, p. III, p. 33).

² Apud *V. d. Hardt*. Conc. Const. t. IV, p. 313 sq.

³ Cf. *Raynald*. ad ann. 1320, num. 50. *Helyot*. *Holsten-Brockie*, t. V, p. 1.

⁴ *Bolland*. Acta SS. mens. jul. t. VII, p. 333 sq.

rios en 1668. Así en España como en Italia un cierto número de ermitaños se reunieron en congregacion, bajo el nombre de Hieronimitas¹, bien porque tomasen por patron á san Jerónimo, sin dejar por ello de seguir la regla de san Agustin, bien quizás porque hubiesen sacado su regla de los escritos del solitario de Belen. El primer superior que tuvieron en España fue Pedro Fernando Pecha, canceller de Pedro el Cruel; y habiendo recibido la aprobacion necesaria de Gregorio XI, pronto los Hieronimitas se extendieron en Italia, bajo la direccion de Pedro Gambacorti ó Pedro de Pisa.

Santa Brígida, de la familia real de Suecia, siendo casada y madre², se habia afiliado á la tercera Orden de san Francisco; y despues de la muerte de su esposo, tuvo revelaciones que los pontífices Gregorio XI y Urbano VI, igualmente que el concilio de Constanza, reconocieron solemnemente por verdaderas. En una de estas visiones, el Señor le mandó fundar una nueva Orden, llevada á cabo en Wadstena en 1363; y los hijos de santa Brígida, despues de haber sido formalmente reconocidos por Urbano V en 1370, fueron para los Estados septentrionales de Europa una abundante fuente de gracias y bendiciones. La supremacia de la abadesa de Wadstena era reconocida por todos los monasterios de la Orden, que no podia admitir mas que sesenta religiosas, estando confiadas sus necesidades espirituales á trece sacerdotes y cuatro diáconos, mientras que ocho frailes legos dirigian sus negocios temporales. El número total de los monasterios tenia que recordar el de los trece Apóstoles y de los setenta y dos discípulos. Santa Brígida acabó sus dias en 1373.

Finalmente, Francisco de Paula, natural de una pequeña ciudad conocida con este nombre, situada en la Calabria, fundó tambien una Orden³. Lleno de una feliz temeridad, se esforzó en imitar la pobreza de Nuestro Señor con mayor perfeccion que los Francisca-

¹ *Holsten-Brockie*, t. III, p. 43; t. VI, p. 1 sq.

² *Brigittae* Revelationes, ed. Turreeremata. Lub. 1492; Rom. 1628. Vida de santa Brígida. (*Vaslovii* Vitis Aquilonia, seu Vitae SS. in Scandinavia. Col. 1623, in fol. cum not. *Erici Benzol*. Ups. 1708, in 4). La regla está en *Holst*. t. III, p. 100 sq. *Helyot*.

³ *Bolland*. Acta SS. mens. apr. t. I, p. 103 sq.